

“De las aves”
p. 63-68

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la Antigua California.
Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DE LAS AVES

Entre las aves es grande la variedad de las que sirven para el sustento. Se hallan tórtolas, codornices, faisanes, perdices, gansos, patos, gallinetas, ánades y palomas torcazas. De estas especies las que más abundan son las codornices y los patos; y también, aunque no tanto, las tórtolas y palomas del monte. En algunas misiones hay también palomas domésticas que han llevado de Nueva España. Las perdices (si las hay, como algunos han dicho) son muy raras. Yo en muchos años no pude ver ni una.¹ A los faisanes llaman allí *chureas*. Hay dos especies de pato unos son los ordinarios, otros que llaman patos buzos. Los primeros son menores que los que suele haber en otras partes. De éstos hay muchos en tiempo de invierno y cuando hace más frío, que es al amanecer, entonces están ellos bañando y refrescando en las pozas que, a trechos, suele haber en los arroyos. De ordinario andan en bandadas, y si ven cerca gente, aunque se estén bañando y nadando, luego levantan el vuelo y juntos se van a buscar otra cosa. En tiempo de calor no los hay. Los patos buzos son mayores que los ordinarios y más raros; de suerte que pocas veces se dejan ver. El pico le tienen puntiagudo y no como los demás patos, que le tienen redondo. Los llaman buzos porque se hunden debajo del agua; así nadan y van a salir lejos de donde se hundieron.

Para explicar mejor su habilidad diré lo que he visto en esta materia.² Caminaba yo en cierta ocasión con dos indios, y llegando cerca de una poza o charca de agua, vimos a uno de estos patos que, según su costumbre, nadaba sobre el agua. Uno de los dos indios le tiró una piedra; mas el pato luego que vio el movimiento del brazo

¹ Sobre las aves conocidas en Baja California, véase Edward Nelson, *Lower California and its natural resources*, Washington, National Academy of Sciences, 1922, p. 115-116 y 120-132.

² El siguiente relato es de gran interés no sólo como descripción del comportamiento de estas aves, sino también por lo que consigna sobre la habilidad de los nativos para cazarlas.

para despedir la piedra, se desapareció hundiéndose debajo del agua y fue a salir como a distancia de doce a quince varas. El indio le tiró segunda piedra, y él también, sin descuidarse, repitió su habilidad de hundirse y salir lejos de allí. Viendo el indio que siempre el pato eludía sus tiros, le aguardó ya con la piedra en mano, observando por dónde asomaba la cabeza, para tirarle al punto, sin darle lugar a advertir que le tiraban. Pero el pato apenas sacó la cabeza cuando, con increíble prontitud, advirtiendo el peligro, la volvió a bajar y a nadar escondido hacia otra parte; mas como la poza no era muy grande, nunca salía fuera de tiro. Con la misma prontitud burló varias veces la diligencia del indio y su empeño de matarle a pedradas. Desengañado de este medio, tomó el de echarse él mismo al agua y, zambulléndose, ir nadando debajo de ella para coger los pies del pato. Pero éste no se descuidaba y, advirtiendo que su enemigo se le acercaba, luego mudaba de sitio. Sucedió esto varias veces hasta que el otro indio, que había quedado conmigo, mirando con diversión estos lances, se echó también al agua para auxiliar a su compañero. Entonces le fue más difícil al pato defenderse de dos enemigos a un tiempo. Yo me estaba admirando así de su destreza en eludir los lances de sus enemigos, como de que, aún viéndose acosado de dos, no volase y de esta suerte se pusiese en salvo; porque tienen buenas alas y vuelan mucho. Acaso por estar acostumbrados a salir bien de los peligros con sus habilidades, no aciertan a elegir la mejor, que es el volar. En fin, aunque se libró de varios asaltos de los dos; huyendo del uno, cayó ya cansado, en el otro, quien le cogió por los pies; mas no impunemente, porque al sacar el hombre la cabeza debajo del agua, le dio el pato en la frente un fuerte piquete, que le hizo echar mucha sangre. Quise después que me dispusieran un pedazo de ese pato para comer; mas no pude pasar bocado por ser intolerable el feter que echa a marisco.

Tampoco faltan aves de rapiña, como gavilanes, buitres, halcones, quebrantahuesos, cuervos, zopilotes y áuras. Estas dos últimas especies son de la figura del cuervo, pero más grandes que ellos, de color pardo oscuro, y la cabeza desnuda de plumas. Entre sí se distinguen en que los zopilotes la tienen negra o parduzca y las áuras encarnada. Éstas remontan el vuelo a una grande altura; de suerte que a veces parece que falta poco para perderlas de vista. Su vuelo es

muy sosegado, sin batir las alas sino rara vez, o de rato en rato. De esta suerte remontadas, forman con su vuelo grandes círculos para descubrir con su perspicaz vista si hay en la tierra algún cuerpo muerto en que cebarse. En algunas partes, y especialmente en Loreto, es grande la multitud que hay de cuervos, y se ha visto allí uno que tenía una o más plumas blancas en una de las alas; cosa que, por ser tan rara, se hizo más reparable de muchos que lo advertieron. Ni fue engaño de la vista, ni se deja ver en una sola ocasión, sino en varios días y en diversos sitios; distinguiéndose, entre una multitud de cuervos el de la pluma o plumas blancas en medio de una ala; siendo todo lo demás tan negro como son todos los cuervos. En la sierra principal del sur hay águilas, las cuales no se dejan ver fuera de la misma sierra; y aun en ella pocas veces. Por los años de 1765 una de estas aves se descuidó de extender el vuelo hasta afuera de la sierra sobre las llanuras; pero pagó su atrevimiento porque, no pudiendo allí volar, cayó en tierra. Cogiéronla unos indios de Santiago, y la llevaron al padre misionero, para que viera cosa allí tan nueva. El padre reconoció que era verdadera águila; y sobre la causa de su caída filosofaron algunos diversamente; mas no siendo sus razones convincentes, y que no tengan paz y respuesta, nos abstenemos de repetir las aquí.

De las aves nocturnas hay mochuelos, búhos (a los cuales en Nueva España llaman *tecolotes*), cucos o cuquillos y murciélagos. De las cantoras se cuentan casi todas las especies de la antigua y Nueva España, como son algunos ruiseñores, aún raros, calandrias, gorriones, jilguerillos, zentzonlles, cardenales y otras semejantes, vestidas de plumas de varios colores. Especialmente los cardenales son enteramente de un color encarnado muy vivo, y sus machos tienen en la cabeza un vistoso copete. Los gorriones no son como los de España, sino otra especie parecida a ellos en el tamaño y color, y por eso los llaman gorriones; pero son muy diferentes en la voz, porque estos americanos la tienen dulce y cantan con mucha suavidad, cuando aquellos europeos sólo dan un chillido desapacible. Además de esto los machos aun en el color se diferencian algo; porque los americanos tienen debajo del pico una mancha de pluma encarnada que los hermosea; y aun la misma apostura y disposición

de su cuerpo los hace más agradados que los europeos, los cuales no se hallan en la California ni aun en Nueva España.

De las aves marítimas, fuera de los alcatraces (de que en esta *Historia* se hace larga mención, alegando al padre Torquemada),³ hay un número excesivo de varias especies, de cuyos nombres no puedo dar razón. Demás de las especies dichas, hay también carpinteros y golondrinas algo semejantes, aunque no en todo, a las de España; pero no hacen sus nidos en las casas, ni en poblado, sino en el monte. Acaso porque como antes de este siglo no hubo casas, se han quedado las golondrinas con la costumbre que recibieron de sus antepasados; esto es de vivir y anidar en el monte. Los que frecuentemente entran allí en las casas, son los que en Nueva España llaman saltaparedes principalmente vuelan hacia los techos a buscar arañas, según parece, para su alimento. En sus movimientos (que son muy frecuentes y casi continuos), ya hacia un lado, ya hacia el otro, muestran una viveza y ligereza aún mayor que las demás aves. Este pajarillo llaman en España pichón. Hállanse también *tildíos* así llamados en Nueva España, porque su voz es semejante a la pronunciación de este nombre *tildío*; y tienen otro canto. Andan siempre hacia donde hay agua; su color es blanco en el pecho, y de un azul muy claro la espalda y alas. Estos parecen ser los que en España llaman *alcarabán*. Hay, fuera de los dichos, otras especies de pequeños pajarillos de los cuales en algunos tiempos se ven grandes bandadas, y en otros no aparecen; pero cuando se siembra el trigo, o cuando va madurando, nunca faltan de ellos, que hagan daño. También hay, principalmente en el sur, unos pajarillos azules, otros algo verdes y otros aún más pequeños, amarillos; *item*, grullas y muchas garzas.

Finalmente se halla frecuentemente en la California el que llaman en Nueva España *chupamirtos*, y en otras partes colibrí. Este es un pajarillo tan pequeño, que se puede fácilmente equivocar con alguna de las especies de moscones grandes. Mas, aunque mirada su entidad, es la mínima entre las aves conocidas, por su color de verde

³ La alusión a la *Historia* se refiere, como es obvio, a la tantas veces citada *Noticia de la California*. Véase: Miguel Venegas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), 3 v., México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943.

y oro fino debe contarse entre las más hermosas de contarse. Y aun es superior a todas en el despego que muestra de todo lo terreno, en cuanto es posible a un viviente sensitivo. Parece que se desdeña de poner sus pies en la tierra, ni aun sobre los árboles para descansar, como hacen las demás aves. Ni yo los he visto en este modo de descanso, ni los han visto en él otros muchos prácticos en la materia, a quienes he preguntado. Sólo dejan de tener en ejercicio sus alas cuando están en su nido empollando sus huevos o fomentando sus hijuelos. Debe presumirse que de noche se retiran también a sus nidos. Su alimento es el más sutil y delicado cual es el jugo de las flores; y para tomarle no hace otra cosa que arrimarse con su vuelo a la flor, introducir en ella su delgado pico (que respectivamente al cuerpo es largo), chupar su sustancia, teniendo entre tanto sus pies en el aire y moviendo continuamente sus alas con gran ligereza para mantener su cuerpecito en aquella postura conveniente mientras se alimenta. Si en esta ocasión, o cuando están en el nido, pasa cerca algún hombre improvisamente, hace con sus alas de repente tanto ruido al tomar el vuelo que asustan a quien le espantó.

No es menos admirable en la fábrica de sus nidos. He visto uno de éstos fabricado debajo de un parral. Todo el cuerpo del pequeño nido esta en el aire; y solamente por la parte superior pendía de una especie de correa seca y dura, sacada de las hojas del mezcal, con las cuales le atan allí los palos, sobre que estriban los brazos y sarmientos de las parras. Algunos pedazos, o puntas de estas ataduras o correas que presto se endurecen suelen quedar pendientes hacia abajo, y de una de éstas estaba asido el nido por la parte superior, y sólo colgado o por un punto de bordo; y todo el resto de él quedaba en el aire por todas partes. De esto se infiere que el *chupamirto* (que mejor llamara chupaflores), guiado por otras reglas de arquitectura, contrarias a las comunes, comienza su fábrica por la parte superior del edificio, y pone los cimientos en lo más alto de él. Allí, contra el palito o correa de que ha de quedar pendiente el nido, pega y enreda algo de sus materiales, contra estos une y afianza otros; y así es necesario que vaya prosiguiendo hacia abajo, por lo menos por el un costado del nido, hasta llegar al fondo. Y esto concluido en redondo, subir desde aquí, formando círculos hasta perfeccionarlo. O si no lo hace así, será necesario que comience



desde arriba haciendo el círculo del bordo enteramente y que, de allí, vaya prosiguiendo hacia abajo toda la pequeña fábrica hasta cerrarla en el fondo; lo cual es más difícil. El hueco o capacidad de ese nido es casi como la que tiene media cáscara de huevo ordinario de gallina, aunque un poco más angosto y algo más profundo que dicha media cáscara.⁴

⁴ En una nota de su manuscrito hace aquí nueva referencia Del barco a la *Noticia de la California* (capítulo IV, primera parte), en donde hay una cita de Torquemada que, transcribiendo una parte del *Diario* de fray Antonio de la Ascensión, habla de otras aves que habitaban a lo largo de la costa occidental, en lo que hoy es la Alta California. La nota en cuestión es la siguiente: “Después de esto se puede poner lo que el autor trae en la página 47, hacia el fin, que comienza con estas palabras: *el padre Torquemada* dice, etc., y proseguir todo aquel párrafo o división como está; que acaba en la página 49, hacia el medio, con estas palabras: *para sustento del hombre.*”